

Reflexiones sobre la esperanza cristiana. Eduardo Sanz de Miguel, o.c.d.

«Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1,50).

«Siempre descubrió el Señor los tesoros de su Sabiduría y Espíritu a los mortales. Pero ahora que la malicia va descubriendo más su cara, más los descubre» (D 1).

«La grandeza de Dios no tiene término, tampoco lo tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas?» (7M 1,1).

«“En esperanza fuimos salvados”, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino» (Spe Salvi 1).

1. Velad y orad

Es importante tomar conciencia de que el cristianismo no es, en primer lugar, un conjunto de doctrinas o de normas morales, sino una persona: Jesús de Nazaret, el encuentro con él y con la Buena Noticia de su amor. Este es el corazón del mensaje cristiano: Jesús siempre viene a nuestro encuentro y podemos encontrarlo.

Si el Señor viene a nuestro encuentro y llama a nuestras puertas, es natural que la Iglesia nos invite a velar en todo momento, para evitar que su llegada pase desapercibida: «Velad, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor» (Mt 24,42); «Vigilad, pues no sabéis cuándo es el momento» (Mc 13,33ss); «Estad siempre despiertos» (Lc 21,35).

San Pablo repite la invitación de Jesús oponiendo tres imágenes de pecado (noche, oscuridad, dormir) a tres de gracia (día, luz, despertar): «Ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada, el día se echa encima: dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. Conduzcámonos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pendencias. Vestíos del Señor Jesucristo» (Rom 13,11-14).

Velar es despertar. El apóstol no se dirige a paganos que deberían abandonar su vida y convertirse, sino a cristianos que se supone que ya están convertidos. La situación de «oscuridad» no es propia únicamente de una época de la historia anterior a Cristo, aún no redimida. Los creyentes también se encuentran rodeados por los poderes de las tinieblas y, algunas veces, sucumben ante sus seducciones. De ahí la importancia del estar despiertos.

Velar es acoger el perdón. Despertar del sueño es aceptar la propia verdad, la propia debilidad, y pedir perdón. Solo los que toman conciencia de sus faltas comprenden que siguen necesitando de Cristo, y pueden orar con humildad: «Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»; es decir: que tu gracia nos vuelva a iluminar y restablezca en nosotros la luz del bautismo, ahora «oscurecida» por el pecado.

Velar es optar por Cristo. Por desgracia, en ocasiones, también los bautizados nos dejamos arrastrar por las seducciones del mundo. Por eso, Jesús advierte con realismo: «Velad en oración para no caer en la tentación, porque el espíritu está decidido, pero la carne es débil» (Mt 26,41).

Velar es esperar. En el texto de la carta a los romanos, san Pablo habla de «las actividades de las tinieblas: comilonas y borracheras, lujuria y desenfreno, riñas y envidias». Por desgracia, eso es lo que vemos y experimentamos cada día, por lo que podemos perder la ilusión y la esperanza. Pero nosotros sabemos que pasarán el cielo y la tierra, pero la palabra de Dios no pasará, y sus promesas se cumplirán en el momento oportuno. Por eso no debemos caer en el desánimo. Dios es fiel y vendrá cuando lo considere oportuno, para llevar a plenitud su obra salvadora: «Nuestra salvación está cerca».

San John Henry Newman escribió un precioso sermón en el que se pregunta qué significa velar. Comienza con una reflexión vivencial sobre los sentimientos del que espera a alguien. Continúa diciendo que, si el esperado es Cristo, estar en vela tiene que ver con el enamoramiento, con el deseo de encontrarle y de servirle en todos los acontecimientos: «¿Sabes lo que es vivir pendiente de una persona que está contigo, de forma que tus ojos van detrás de los suyos, lees en su alma, percibes todos los cambios en su semblante, anticipas sus deseos, sonríes cuando sonríe y estás triste cuando está triste, y estás abatido cuando está enfadado y te alegras con sus éxitos? Estar vigilante ante la venida de Cristo es un sentimiento parecido a todos estos, en la medida en que los sentimientos de este mundo son aptos para reflejar los del otro. Está vigilante ante la venida de Cristo la persona que tiene una mente sensible [...], que lo busca en todo cuanto sucede» (J.H. Newman, *A la espera del Amigo*).

Antonio Machado tiene un hermoso poemilla (*Proverbios y cantares*, XXXIV) que nos invita a estar despiertos, a acoger al Señor en el momento presente, en todo momento:

Yo amo a Jesús, que nos dijo:
"Cielo y tierra pasarán;
cuando cielo y tierra pasen,
mi palabra quedará".

¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?

Todas tus palabras fueron
una palabra: "Velad".

Como no sabéis la hora
en que os han de despertar,
os encontrarán dormidos
si no veláis: ¡despertad!

La Biblia nos invita continuamente a «velar», a «vigilar», a «estar en vela». Velar es tener abiertos los ojos, no quedarse en lo superficial, en las apariencias, sino buscar la presencia escondida del Señor en nuestra vida, en los acontecimientos, en el mundo. El Señor vendrá cuando menos nos lo esperemos. Pero no se trata solo de la venida final, sino que debemos estar atentos a su venida presente. Él está viniendo en cada momento.

A nuestro alrededor vemos violencia, crisis, corrupción, escándalos, desánimo... Todo eso es verdad, pero no es toda la verdad. En nuestras vidas también hay muchos signos de bendición: avances en la medicina, en los medios de comunicación, personas solidarias, servidores buenos del evangelio... Tenemos que aprender a mirar con atención para descubrir la presencia del Señor y de su bendición en nuestras vidas, para percibir los signos de su llegada.

«Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo» (Spe Salvi 32).

2. Jesús es la fuente de nuestra esperanza

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca» (Flp 4,4-5). La cercanía del Señor y de su juicio no despierta temor en los creyentes, sino alegría, porque él viene para salvarnos. Todo el evangelio es un gozoso anuncio del amor de Dios, manifestado en Cristo.

Porque el Señor está cerca, la Iglesia se goza como la esposa en compañía de su Amado. A pesar de las contradicciones y de las zozobras, la cercanía del Señor es fuente de alegría y paz. Incluso en medio de la oscuridad, los cristianos deben alegrarse porque «el Señor está cerca». Él no abandona a los suyos en la prueba. Los cristianos estamos invitados a compartir con los demás de la alegría que celebramos, la que brota del encuentro con Cristo.

En los llamados «discursos escatológicos», Jesús usa imágenes tomadas de la literatura apocalíptica de la época y habla de desastres naturales, persecuciones y dificultades. Pero lo más importante no es esto, sino lo que dice a los creyentes: «Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28).

En cada generación hay desastres naturales, persecuciones y dificultades, por lo que en cada generación tenemos que aplicarnos estas palabras y no vivir angustiados, sino llenos de esperanza, porque se acerca nuestra

liberación. Lo importante es saber que el Señor viene a salvarnos y tener los ojos abiertos para descubrir las señales que nos indican la cercanía del Señor, para saber descubrir sus venidas a nuestras vidas.

«El cristianismo no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transformaba desde dentro la vida y el mundo. La novedad de lo ocurrido aparece con máxima claridad en la carta de san Pablo a Filemón. Se trata de una carta muy personal, que Pablo escribe en la cárcel, enviándola con el esclavo fugitivo, Onésimo, precisamente a su dueño, Filemón. Sí, Pablo devuelve el esclavo a su dueño, del que había huido, y no lo hace mandando, sino suplicando: “Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión [...]. Te lo envío como algo de mis entrañas [...]. Quizás se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido” (Flm 10-16). Los hombres que, según su estado civil se relacionan entre sí como dueños y esclavos, en cuanto miembros de la única Iglesia se han convertido en hermanos y hermanas unos de otros: así se llamaban mutuamente los cristianos. Habían sido regenerados por el bautismo, colmados del mismo Espíritu y recibían juntos, unos al lado de otros, el Cuerpo del Señor. Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro» (Spe salvi 4).

3. Una esperanza activa

Isaías anuncia la paz definitiva, que Dios nos regalará en los tiempos finales, cuando «caminarán pueblos numerosos [hacia el Señor, que] será el árbitro de las naciones. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo, contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (Is 2,2s). Necesitamos escuchar este mensaje, porque a nuestro alrededor se multiplica el descontento y la frustración. Aún no nos hemos recuperado del golpe terrible de la pandemia, cuando la invasión de Ucrania ha venido a complicar la economía mundial. Los terribles incendios en nuestro hemisferio y las inundaciones en el hemisferio sur nos recuerdan que la tierra, la “casa común”, se siente maltratada y gime con dolores de parto ansiando la redención (cf. Rom 8,22). Las noticias de la televisión hacen perder la ilusión y la esperanza a cualquier persona con sensibilidad.

Pero nosotros sabemos que pasarán el cielo y la tierra, pero la palabra de Dios no pasará, y sus promesas se cumplirán en el momento oportuno. Por eso no debemos caer en el desánimo. Dios es fiel y vendrá cuando lo considere oportuno, para llevar a plenitud su obra salvadora, tal como anuncia Jesús en el evangelio. Mientras eso se realiza y las promesas de Dios se cumplen, a nosotros se nos encarga la tarea de preparar el camino al Señor, allanando las montañas y los valles, poniendo lo que esté en nuestras manos para construir un mundo más justo y pacífico (cf Is 40).

Vivir como cristianos significa poner los ojos en la meta de nuestro caminar (el encuentro final con Cristo y su salvación definitiva) y esforzarnos cada día para vivir conforme a sus enseñanzas, alimentando al hambriento, curando al enfermo, levantando al que está caído, enseñando al que no sabe (cf. Mt 25).

Nuestra oración tiene que ser incesante: «Señor, te estoy llamando, ven de prisa; escucha mi voz cuando te llamo» (Sal 141,1). Necesitamos su perdón, su salvación, su Espíritu Santo. Al mismo tiempo, debemos esforzarnos para preparar su camino, haciendo todo lo posible para adelantar su venida salvadora y establecer su reinado de paz y de amor en el mundo.

Tenemos que colaborar con el Señor para preparar la manifestación de su reino. Nuestra esperanza debe ser activa. Hasta que él llegue, nosotros somos sus colaboradores, responsables de suscitar esperanza en nuestros contemporáneos.

«Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro» (Spe Salvi 35).

4. Nuestra Señora de la Esperanza

A lo largo de los siglos, los justos de Israel esperaron el cumplimiento de las promesas de redención hechas por Dios por medio de sus profetas. En la plenitud de los tiempos, la esperanza de Israel y de la humanidad entera se concentró en María, la humilde sierva del Señor, que creyó y esperó con confianza que Dios cumpliría lo que había anunciado.

«Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó “el consuelo de Israel” y como Ana, “la redención de Jerusalén”. Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia. Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu “sí”, la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho “sí”: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia.

Pero junto con la alegría que, en tu magnificat, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón, del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra. No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el “signo de contradicción”. Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo.

La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: “No temas, María”. ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, él les dijo: “Tened valor: Yo he vencido al mundo, no tiemble vuestro corazón ni se acobarde”.

En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: “Su reino no tendrá fin”. ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe.

Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo, que recibieron el día de Pentecostés. El “reino” de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este “reino” comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza.

Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino». (Spe salvi 50).